

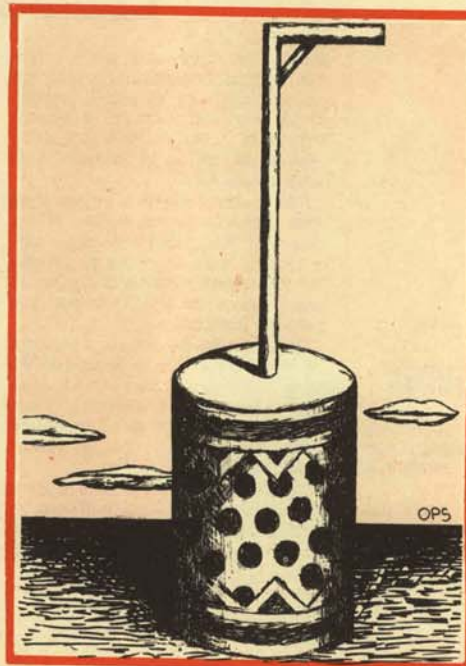
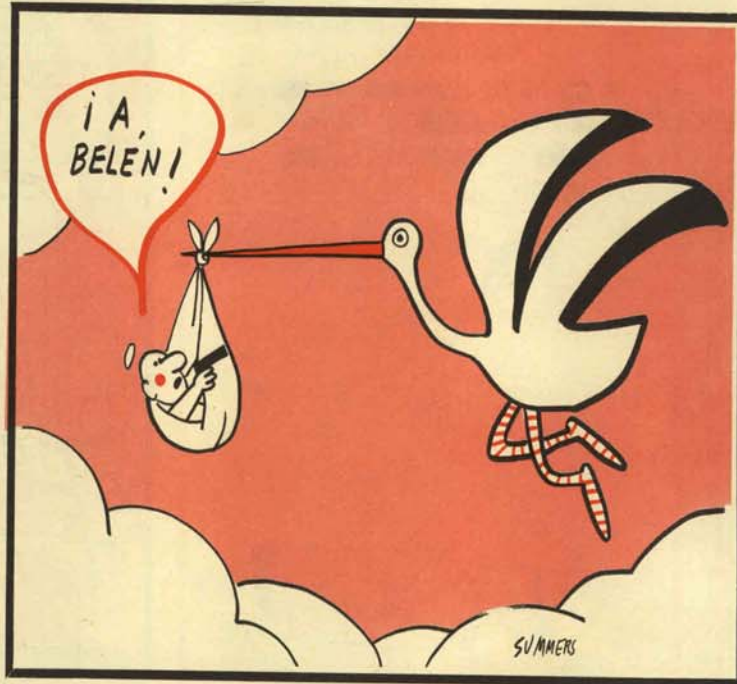
FELICIDADES

LA NAVIDAD SIN ZAMBOMBA

La Navidad ya está aquí. La dulce Navidad se nota mucho, sobre todo porque a la rama del comercio le entra de pronto un ataque de amor al prójimo y llena los escaparates de bombillas, adorna los jamones con guirnaldas, pone escarcha plateada sobre los paños y te atiborra el buzón de cartones con angelitos y paisajes nevados deseando que seas feliz. Cuando un comerciante desea tan ardientemente tu felicidad, ya puedes ponerte a temblar. Pasa lo mismo como si un cura quiere salvar tu alma o un señor sin credenciales se propone salvar la Patria. Hay que poner tierra por medio.

Uno es sentimental, y por eso mismo en estas fechas se hincha de turrones y mazapán, se recoge junto a los leños de la chimenea, sienta un pobre o un rojo a la mesa para compartir la escudilla y contribuye con cinco duros para que el ropero de la parroquia regale mantas segovianas y calcetines de lana a los obreros que todavía no se han ido a Alemania. Uno, que está muy politizado, cree que eso de regalar mantas a los peones está muy bien, porque con eso se consiguen dos cosas: que puedan acudir al tajo cada mañana sin catarro y que al estornudar no se caigan del andamio. Aparte de que siempre es mejor vivir en una chabola, detrás de una loma de solar patrio con la amorosa asistencia de las ilustres damas del astracán con cuello de foca, que a lo mejor te montan un puchero colectivo por Nochebuena, que estar de productor emigrado en una fría ciudad europea, donde lo único que puede hacer un obrero es mirar la pornografía de los quioscos con las manos en los bolsillos y olvidarse del sentido religioso-racial de la zambomba de su pueblo.

Y aún antes, ser obrero y estar en Alemania tenía una cierta ventaja. Por estas fiestas, la reserva espiritual de este país se ponía tierna y mandaba una expedición de flamencos, cantantes, vocalistas de buen muslo y chistorreros oficiales para alegrar el exilio laboral; y nuestros trabajadores se ponían contentísimos: las faraonas del cante besaban a los niños, repartían caramelos y soltaban muchas veces eso de ¡osú, mi arma!, y se intercambiaban chorizos de Cantimpalos por chucrut en lata. Ahora, ni eso. La expedición del cante se ha suprimido, y nuestros obreros en Europa, una vez más, se quedarán silbando en la nieve una cantata del Escobar, con el transistor pegado a la oreja, por si enganchan algo de la Cadena SER. La cosa puede ser peligrosa. Lo mismo se cabrean y se vienen todos para acá. Y, entonces, nos quedamos sin divisas.



¡OJO!
¡ATENCIÓN!
¡CUIDADO!



Los jóvenes mahometanos, liberales y masónicos, continúan su campaña terrorista. Esta vez han exagerado: que envíen cartas explosivas, pase; pero que manden también «christmas» asesinos nos parece demasiado. Como lo pensamos lo decimos, por muy simpáticos que nos caigan los habitantes del Tercer Mundo, izquierda, letra C.

NAVIDAD PARA TODOS

HOY: SIENTESE A LA MESA DE CIERTOS ARTISTAS

¡¡¡Riiiiiiiiing!!!

ARTISTA.—Buenas noches; usted dirá.

POBRE.—Buenas. Yo soy el pobre que le ha correspondido en la campaña para sentar a su mesa.

ARTISTA.—Naturalmente, naturalmente; ¡cómo no he caído antes! Ni que fuera la primera vez. Mi casa se encuentra siempre abierta para los compañeros pobres, y más si vienen recomendados por otros colegas.

POBRE.—Con su permiso, si me pudiera escurrir el agua en algún sitio...

ARTISTA.—Naturalmente. Venga por aquí. Sube. Ahora baja. Vuelve a subir. Al final de esa habitación encontrarás otra, y a la izquierda una más, que da a la piscina; allí podrás escurrirte todo lo que quieras.

El pobre regresa al poco rato con la dignidad escurrida y el traje más empapado que al entrar debido a la fuerte tormenta que reina en el exterior.

POBRE.—Su perro ha estado a punto de arrancarme una penera.

ARTISTA.—Pobre «Trotsky», siempre con sus bromas; como no te conoce.

POBRE.—¡Hombrel, le podía haber dicho quién soy.

ARTISTA.—Bueno, naturalmente tú tendrás conocer mi obra.

POBRE.—No sé si debo... Además, yo sólo venía por lo de la cena.

ARTISTA.—No se hable más, ahora mismo vas a saber lo que es arte popular. Ponte cómodo en esa alfombra del Irán, que en seguida empezamos. Mientras se preparan los técnicos, te voy a servir unas confituras navideñas de Pernambuco, ya que, como sabrás, acabo de regresar de la Bienal de Sao Paulo.

POBRE.—Yo es que estoy muy poco relacionado y a estas cosas no llego.

ARTISTA.—No tiene importancia. Bien, para entrar mejor en la comprensión de mi obra, mi crítico, casi exclusivo, te va a ir explicando las obras a medida que éstas van descendiendo a través de esa abertura del techo gracias a un ingenio electrónico de patente inglesa. Mira, mira, ya está saliendo la primera.

CRITICO.—La exultante amalgama de matizaciones cromáticas conquistadas al metal, insuflan a esta obra una alada presencia anamórfica de sutiles polarizaciones romboédricas, que cálidamente se dirigen a la masa popular sedienta de un arte que emane de su propia entraña.

ARTISTA.—Precioso, ¿eh, compañero? Pues aquí donde le tienes este crítico es de esos hombres incorruptibles que sólo aceptan obras de arte de los artistas en los que confía y a los que, por tanto, ele-